

# La imbecilidad es cosa seria

MAURIZIO FERRARIS

*Editorial: Alianza Editorial*  
*Fecha de la edición: 2018*  
*Lugar de la edición: Madrid, España*  
*No. de páginas: 126*



Quien lucha contra monstruos debe cuidar de no convertirse por ello en un monstruo. Y si miras durante mucho tiempo un abismo, también el abismo mirará dentro de ti.

F. NIETZSCHE. *Más allá del bien y del mal*, 146.

Habiendo citado a uno de los mayores imbéciles intelectuales —para el autor de este libro— podemos preguntar: cuando estudiamos la imbecilidad ¿no nos vemos también permeados por ella? En la respuesta a esta pregunta radica una de las genialidades de Ferraris, y es que la imbecilidad podría ser comprendida ya no exclusivamente como una característica que nos pertenece en cuanto la practicamos —haciendo imbecilidades—, sino también en cuanto somos. Si para Nietzsche el humano era la cuerda entre la bestia y el superhombre, para Ferraris hay que hacer una precisión, el humano sería “el camino intermedio entre un imbécil y su contrario, contrario que tal vez aún no haya aparecido sobre la faz de la tierra” (p. 21). Así, este escrito ofrecería una ilustración del camino que podría recorrer el imbécil para descubrir cómo vivir (94) con su

realidad. Cabe destacar que no decimos “su realidad” solamente por acentuar el aspecto ontológico de la imbecilidad, sino porque no hay que olvidar que Maurizio Ferraris es uno de los creadores del Nuevo Realismo. De esta manera, uno de los objetos centrales de este texto es “conocer el mundo como es para poder cambiarlo y acércalo lo máximo posible a las utopías y a los deseos” (p. 33). Así, el ejercicio de reflexionar sobre la seriedad de la imbecilidad implica una reflexión en el ámbito de la ética.

Con este paradigma filosófico, Ferraris esboza en el epílogo del libro una *Fenomenología del ridículo* (*Phänomenologie des Witzes*) que —en evidente parodia a Hegel— recorre algunos momentos en que podemos apercibirnos de nuestra imbecilidad y cómo obtener rendimientos intelectuales de ella. Así, el propio libro, que se divide en un prólogo y cuatro secciones, podría ser leído como un espejo del epílogo. Como una buena parodia a la *Fenomenología*, podemos detectar un movimiento doble, por un lado, el del imbécil que se percata de su imbecilidad y permite el desarrollo de sus formas. Por el otro lado, el del imbécil ya consciente que nos guía por esta dialéctica. El primer movimiento actuará desde la siguiente máxima: “[...] en sustancia y de manera transcategorial, defino la imbecilidad como ceguera, indiferencia y hostilidad a los valores cognitivos” (p. 12) y el último será consciente de que “la imbecilidad es el motor fáustico de todo progreso humano, pero también es cierto que el resultado indefectible de este progreso consiste en revelaciones siempre nuevas de la imbecilidad” (p. 97). Evidentemente, este progreso no podría ser llevado a cabo sin una cuota de humor e insultos.

De esta manera, el “sentido” de la imbecilidad se esboza en la figura de la *certeza sensible*, por lo que su objeto inmediato es la ridiculez de los otros. No todos sabemos lo ridículos que somos, e incluso los que se dedican a la filosofía muestran su ridiculez al analizar la imbecilidad tomando distancia de ella. Si Byung-Chul Han acusa al progreso técnico de volvernos imbéciles (p. 28), entonces él no es capaz de observar lo que a él —y a todos nosotros— le corresponde de imbecilidad en tanto que humano. Derivado de una referencia etimológica, Ferraris nos indica que “imbécil” deriva de *in-baculum*, una entidad de carácter débil, que exige el desarrollo de la técnica para sobrevivir y, a pesar de ello, la humanidad no supera esta debilidad. Posiblemente hoy somos menos imbéciles que nuestros antepasados, pues hemos sido capaces de ver los problemas de la discriminación o la destrucción indiscriminada del medio ambiente y las entidades no humanas con las convivimos. Es decir, respetamos ciertos valores cognitivos...al menos algunos de nosotros lo hacemos. El asunto de la relación entre la técnica y nuestra condición ontológica está en que en nuestra época la imbecilidad se ha democratizado. Este libro de Ferraris y sus copias digitales siempre recordaran que el filósofo surcoreano es capaz de observar la

imbecilidad de otros, pero no la suya misma. He aquí el primer logro del recorrido: la imbecilidad es cosa seria, porque es real y porque podemos transformarla. Nacemos imbéciles, nos hiperdocumentamos como tales, y podemos reconocer nuestra condición.

Insultar filósofos no es solamente un gran acierto humorístico, sino también otra manera que tiene el imbécil de llegar a la figura de la *conciencia*. Nuestros maestros —la elite intelectual— son imbéciles y nos reímos de ellos, pero ¿no seré yo también uno? Ferraris muestra un movimiento clave en el que aperebirse de la imbecilidad intelectual da cuenta de que todos participamos de este trasfondo ontológico, incluso los que acusan la imbecilidad de los otros. Además, demuestra que solamente iluminando la imbecilidad de la élite es que podemos tomar distancia de las doctrinas. Es cierto, la relación de Heidegger y el nacionalsocialismo puede ser nombrada ‘estupidez’ (*dummheit*), pero también puede ser considerada como un *Ereignis*, un evento que tiene impacto en la historia. Y por qué no, un evento que gracias a sus discípulos crea un método capaz de producir legiones de imbéciles (p. 49). Esto se reflejaría especialmente ahí donde los intelectuales creen saberlo todo e incluso venden su sabiduría. El filósofo italiano destaca, en este último sentido, al psicoanálisis como una de las instancias que permitiría dudar de nuestra supuesta no-imbecilidad, ya que, luego de la sesión de terapia, incluso el analista lacaniano (Sujeto Supuesto Saber) y su sabiduría podrían revelarse como imbéciles. Si ellos son imbéciles —filósofos y terapeutas—, ¿por qué yo no podría también serlo? Y peor aún: ¿por qué nuestros líderes políticos no podrían también serlo?

El burlarse de los otros, por su imbecilidad, permite que tome *autoconsciencia* de mi condición de risible (p. 101). No solamente puedo reírme de mí, sino que también puedo ser risible para los demás. Sin embargo, Ferraris destaca que *a priori* es menos imbécil el que sabe que es imbécil, pues la cultura puede ser permeada por la imbecilidad, de la misma manera que la política puede ser explicada por ella. De hecho, podríamos decir que la imbecilidad también es capaz de ofrecer una cosmovisión (*Weltanschauung*) capaz de negar la realidad. Así la política puede ya no entenderse desde las categorías políticas de amigo o enemigo, sino desde la relación entre el que imbécil que niega su imbecilidad y su contrario —no el sabio, por supuesto, sino el que no admite para sí, porque no puede o quiere, a la imbecilidad anterior—. Heidegger es quien, en este caso, le permite a Ferraris ilustrar el devenir político de la imbecilidad de las élites. Los ejemplos son sencillos: ¿cuál sería el problema de la “falta de *Heimat*”?<sup>1</sup> ¿por qué hay tanto esfuerzo en crear interpretaciones para salvar los *Cuadernos negros*? ¿por qué esforzarse en la desnazificación del

---

<sup>1</sup> Evidentemente Ferraris está jugando con los sentidos posibles de *Heimat*: ¿patria o morada?

autor? (pp. 63-64).

En un sentido paródico, el ejercicio del italiano es muy inteligente, en la medida en que él continua su ilustración de la figura de la *autoconsciencia* apelando disimuladamente a las categorías del amo y del esclavo cuando afirma que “no hay dudas sobre qué movía a un obrero a ir a la fábrica” a trabajar, pero “está mucho menos claro qué induce a su descendiente a trabajar gratuitamente cargando contenidos en la red social” (p. 67). Inmediatamente después de esta referencia, se refiere, desde su perspectiva *realista*, al esfuerzo que realizan los intelectuales por explicar la imbecilidad en la dimensión política. Quizás somos esclavos de las redes sociales, sí, pero también somos esclavos de la imbecilidad en la medida en que generamos conceptos como los de “ideología” o “falsa conciencia” para intentar explicar el comportamiento irracional de nuestra élite intelectual y los actores políticos. Con esta advertencia, el autor nos deja ver que la primera definición de imbecilidad puede leerse tanto ontológica como antropológicamente. La efectiva “autoconsciencia” sería ya no justificar nuestra imbecilidad por medio de conceptos que intenten explicar nuestra alienación, sino, emprender una “historia de la revelación” (p. 69). Es decir, darnos cuenta de que, a pesar de que no somos demasiado inteligentes, podemos llegar a tomar distancia de nuestra estupidez.

El rendimiento de este proceso es, quizás, la afirmación más valiente del libro. Sí, la imbecilidad es cosa seria, pero se puede concluir que el cruzar la cuerda hacia lo contrario de la imbecilidad es posible. El progreso respecto a nuestra condición ontológica es contrastable en nuestra historia, sin embargo, este no pudo haber sido posible sin la propia imbecilidad. Así, la figura de la *razón* encuentra su lugar en la paradoja de que siempre somos inconscientes frente a la inmediatez de nuestra imbecilidad. Esta fenomenología paródica cierra con una aporía que, a nuestro parecer, deberá mover a la reflexión a quienes nos dedicamos a la “imbecilidad” que puede ser la filosofía:

“Porque es preciso no olvidar que, en todo caso, los imbéciles son muy irritantes y que es desagradable descubrirse imbécil. Pero si la imbecilidad nos pone en comunicación con las raíces más nobles del espíritu, ya no se sabe en realidad qué hacer ni qué pensar” (p. 94)

NICOLÁS ROJAS CORTÉS<sup>2</sup>

---

<sup>2</sup> Agradecimientos: Agencia Nacional de Investigación y Desarrollo / Subdirección de Capital Humano / Beca de Doctorado Nacional 21210804.